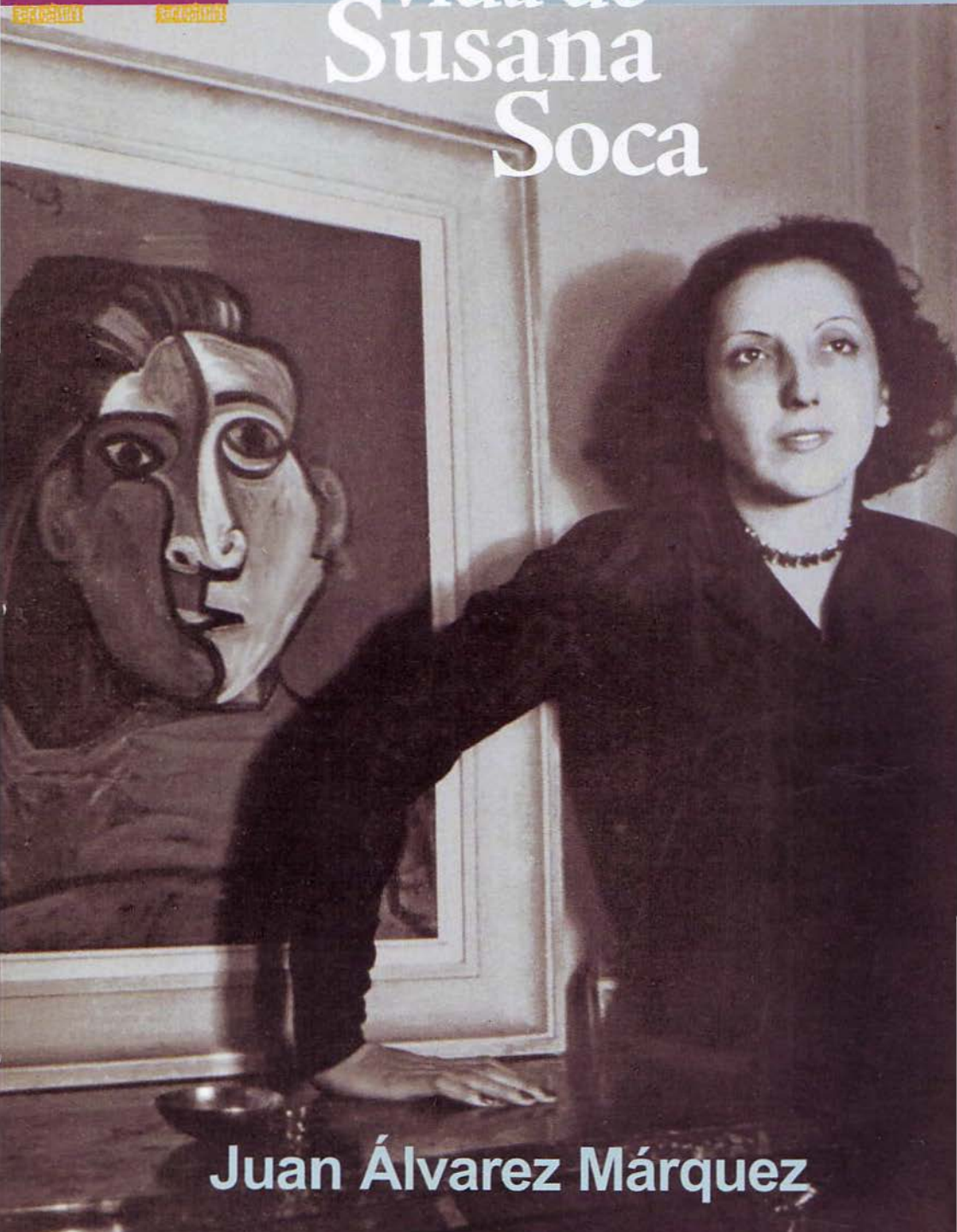




Más allá del ruego: vida de Susana Soca



Juan Álvarez Márquez

Susana Soca esa (des)conocida

Prólogo de Fernando Loustaunau

En medio de tantas crisis -desde lo económico a lo ideológico, desde lo político a lo estético-, publicar hoy una biografía sobre Susana Soca, no deja de ser un gesto hasta involuntariamente posmoderno, por más vacía que la expresión parezca.

Juan Alvaréz Márquez ha ido enhebrando durante largos años detalles de distinta carga jerárquica, para fundirlos en un icono: el icono es una mujer que pasó 52 años por el mundo -nunca tan "el mundo"-, relacionando personas, países, poemas. El resultado es una investigación que nos permite apreciar una Susana Soca interactiva, una Susana Soca emitiendo señas de identidad que bien habían quedado soslayadas o no estaban suficientemente exaltadas.

Por fortuna, la vida de Soca puede leerse en permanente clave literaria. Una suerte de fortuna literaria; y si coincidimos que todo texto es en algún lugar autobiográfico, la autora nos somete a un tan múltiple como sutil recorrido artístico. Sus intereses variopintos la parecen asemejar a Gadamer cuando alude a la "conciencia de la determinación histórica". El centenario filósofo intenta demostrar que la garantía de la verdad científica puede corresponder al arte. En Soca, el mundo "de las ciencias", la filosofía y la poesía operan en conjunto, aunque subordinados al fenómeno artístico. De joven empieza a escribir sobre Rilke, a quien luego observa como "un poeta de la vida interior, en cierto sentido sin época, y en cierto sentido dotado de nuestras secretas inquietudes al punto que muchos de nosotros encontramos en él aquello que tanteamos en la sombra y no poseíamos porque nos faltaba la audacia o la seguridad para

hacernos salir firmemente de lo inteligible". Con los años, desde Kierkegaard, Huxley, Eluard hasta los místicos anglosajones, su sed transcientífica la llevará a beber de distintas aguas. Hija de un médico de nota -un científico formado con Charcot, tal vez primeras fuentes a la hora de investigar el interés psicoanalítico en Susana Soca-, oficiará sin embargo un desvío estético en la materia. La autora, de forma intuitiva, intenta extirpar el lenguaje científico, insertándolo como paradigma de lo poético. Así ocurre una traslación conducente a inscribir una suerte de imaginaria de la ciencia. En tal sentido, su literatura meditada, concisa, se diría precisa, parece también seguir una línea clínica, línea clínica que se reitera en la rigurosa elección de textos para su revista.

Su obra conocida es breve. Cabe a veces preguntarse si sus poemas son pretendidos poemas o estrategia de lector activo. "Mis versos sólo tuvieron para mí el interés de sugerirme reflexiones sobre el poeta" (Valéry). Su obra toda parece augurio de un texto por llegar, permanentemente "por llegar". Sin dudas, Soca tenía la materia prima; era residual de una modernidad que conocía en forma empírica y teórica; de esa constelación que incluye a los Mallarmé, los Kafka, los Proust, a Dadá y sus consecuencias anteriores -Lautréamont, Rimbaud, Roussel y hasta Sade-; una constelación nada incoherente, atravesada por un trasfondo estético reinventado por Marx, Nietzsche, Freud, Saussure. Pero también por un Wagner, un Debussy, un Cézanne, un Picasso. Como pocos, Soca manejaba de modo orgánico -muy gramscianamente orgánico-, ese corpus inteligente. Corpus inteligente, que no le pesa; como Igitur "puede avanzar al ir por el misterio".

Se trata de un misterio que, como buen misterio, quedó inconcluso -o en perfecta completud ígnea-, entre los fierros del vuelo de Lufthansa que no la quiso devolver a Montevideo, a "su país de la memoria".. O como lo sentencia Onetti y su pluma acertiva: "Susana Soca tenía dos amores: su país y París" (y ésta, no en el colonizado servilismo de los burgueses decimonónicos, sino como mestizaje sincrético, como esa cosmópolis de la extranjería que supo constituir).

El texto de Alvarez Márquez nos ilustra con encomiable meticulosidad sobre los avatares geográficos y las aventuras editoriales de Soca. Pocos intelectuales -y casi ninguno por elección-permanecieron durante la ocupación nazi en Francia.

No era tampoco precisamente frecuente que una frágil forastera

-sin proyecto confeso- se paseara por las doblemente bizantinas calles de una Moscú stalinista.

El texto de Alvarez Márquez realiza una puesta en valor de Soca en relación con las figuras de su tiempo. Faltaba un texto susceptible de recuperar a Soca en su marco poliglota; JAM hurga y desentraña historias, abre nuevos frentes para futuras interpretaciones, para nuevas lecturas de una figura que de ahora en adelante no podrá nunca más ser “desconocida”. Borges, Caillois, Camus, Cioran, Drieu La Rochelle, Eluard, Lanza del Vasto, Onetti, Real de Azúa y, tantos otros, dejaron testimonios de distinta índole sobre esta mujer. Y a pesar de haber transcurrido largas cuatro décadas de su desaparición, todavía está ausente. “Toda vida humana es la elaboración de una complicada fantasía personal, y, a la vez del recuerdo de que ninguna elaboración así concluye antes de que la muerte la interrumpa”, (Rorty). La “complicada fantasía personal” de Susana Soca todavía está presente.

Ese casi inasible puzzle que para un lector de este nuevo milenio constituye Susana Soca, habría que leerlo en sintonía con varios elementos difícil de compaginar. El próspero Uruguay natal -“la ahora olvidada Suiza de América y su única democracia real” que sentencia Eric Hobsbawm en su Historia del siglo XX- los trasnochados valores patricios residuales del romanticismo, del ámbito familiar, más la emergencia del escritor comprometido y el axioma sartreano: “la burguesía está evacuando la cultura”. Y hasta un repertorio literario que los acontecimientos políticos posteriores consolidaron y definen como excluyentes, “selectos”. Sollers cree que “basta que haya en un momento revolucionario de la historia, una explosión, para que se vea que lo que llamamos elitismo se vuelve por el contrario creación espontánea de las masas”. Torpemente, se extrajo de la biografía de Soca elementos que guardaban exclusiva relación con aspectos sociológicos. Si bien participaba de un sistema ritual de clase, era al mismo tiempo outsider entre sus congéneres. Torpemente se obvió su obra, obra que hay que interpretar mucho más allá de esos escasos textos literarios, obra que es *La Licorne* y sus múltiples y tentaculares circunstancias.

En este mundo de etiquetas, también en eso fue una rara avis; la supuesta “novedad” política nunca garantizó una nueva literatura, sino meros contenidos diferentes en formas antiguas.

Tal vez sea hora de mirar a esta mujer como una sumatoria

de signos que una inesperada muerte -un poco más inesperada que toda muerte- dejó meticulosamente desvertebrados. Pero susceptibles de insertar, susceptibles de incorporar al acervo de la más universal biblioteca nacional. Una mujer moldeada por la forma social de esa invisibilidad, fundacional de la prohibición. Una mujer que se inscribe en el compromiso que la humanidad establece -"les" establece- entre la prohibición y la transgresión.

Ahora que está enterrada la modernidad, ahora que vivimos un tempus fragmentario, reciclante, desdramatizado, ahora que ya no hay tiempos perdidos que buscar, ahora que estamos en un presente perpetuo, tal vez sea el momento de desenterrar a esta mujer. Juan Alvarez Márquez ha dado un gran paso.

F.L. Mvdeo, 2001